

(Recogido en "De esto y aquello",  
tomo IV)



## CUESTIONES DE MOMENTO

### La oquedad sonora

La cara es el espejo del alma, se ha dicho alguna vez, y con esta sentencia no deja de tener muy íntimo enlace aquella otra de que el estilo es el hombre. Como que el estilo es también una cara.

Pero el alma, como el mar, es fúida y está a cada momento cambiando, á la vez que refleja los cambios del cielo que sobre ella se extiende. Unas veces serena, otras ligeramente agitada, algunas tempestuosa, y por otra parte espejando en su colorido ya el cielo limpio y sin nubes, ya los arreboles del ocaso, ya las ligeras nubes blancas, ya los negros nubarrones de la tormenta.

Así nuestro estilo no es enteramente personal, ya que el hombre, al que revela, no es tampoco sino una parte de la sociedad en que vive. Y se nos enturbia el estilo, no tan sólo por causas íntimas nuestras, anejas á la fuente entrañada de que brota, sino también por causas ambientales. Hay en ciertos países ciertos momentos históricos en que no cabe apenas escribir con limpia tersura. El pensamiento se nos entra en la mente ensuciado ya, y no en todos es la inteligencia un buen filtro depurador.

Hay épocas de insinceridad ambiente colectiva, y esta insinceridad no arranca sino de oquedad de pensamiento, de vacío de idealidad. De donde nace la retórica turbia.

Cuando veáis que un hombre en un momento solemne de su vida, al cumplir un acto que estima puede llegar á ser histórico, lo explique públicamente en un documento de estilo turbio, conceptuoso y retorcido, podéis pensar que no sabe escribir mejor, que su lenguaje no cibe á su pensamiento como la piel al cuerpo, sino como una vestidura barroca con que se encubre acaso un maniquí sin vida caliente; pero debéis pensar que tal vez es voluntario el retorcimiento. Y lo es por falta de sinceridad. Y suelen ser insinceros todos los que, al llevar á cabo un acto, están pensando en la coartada. Y es la abogacía, madre de la retórica, la gran maestra de la insinceridad.

Y si miráis bien al fondo, veréis en todo ello la oquedad del contenido ideal, de la doctrina. Pues ni el orden ni la revolución son doctrina alguna.

Pero si un estilo retorcido, turbio y conceptuoso, lleno de expresiones abstractas y sobrado de materia conjuntiva, casi todo élfañas y corchetes, delata carencia de sinceridad, hay algo más deplorable todavía.

¿No creéis que es un síntoma terrible el que

toda una colectividad social adopte como enseñanza, si quiera sea de un momento, un escrito en párrafos sesquipedales, isin sintaxis, sin conexión, ni ilación, sin sentido, hecho todo él de redundantes repeticiones y de adjetivos ociosos? Documento de estos conozco que puede ir al archivo de un psiquiatra como un modelo de lo que se llama ecolalia. Y si la ecolalia individual es síntoma de una enfermedad de la mente, en que se sustituye á las ideas con puras palabras, la ecolalia colectiva es algo pavorosamente terrible. Tiene que estar profundamente trastornado en su conciencia colectivo aquel pueblo donde cabe se dé una colectividad cualquiera—una clase social, un gremio, un partido, una secta, etc.—que aplauda un discurso ecolálico.

Un muy ingenioso publicista nuestro—que es una de las más tristes víctimas de nuestro ambiente—decíanos una vez que él se comprometía á hacerse aplaudir rabiosamente en un mitín popular, soltando largos párrafos sin sentido alguno, declarados con énfasis y que acabasen con palabras como: libertad, igualdad, fraternidad, infame tiranía, aurora roja, revolución, derechos del hombre, etc., etc., etcétera. Pero lo triste es que no es en los mitines populares sólo, no es solamente donde los más de los que acuden son personas de escasos estudios donde la vaciedad ecolálica puede producir efecto. Hay reuniones de gente que pasa por culta é instruida donde llega á obtener aplauso un absoluto vacío de ideas recubierto con una camada de palabras incoherentes y como vertidas al azar de aliteraciones y enlaces puramente fónicos.

¡No recordéis á Góngora; no recordéis á Castelar! En uno y en otro hubo sin duda un desarreglo imaginativo; pero, desarreglada y todo, en ellos había imaginación y muy potente y lozana. Abusaron de la metáfora; pero el que de ellas abusa es que puede usarlas, es que tiene fantasía para poder parirlas. Lo terrible, lo verdaderamente terrible es contentar á gentes con sólo ensartar vocablos y vocablos imprecisos, de esos que pierden significación á medida de su mayor sonoridad.

No hablemos tampoco, en otro orden de ideas, de reacción y de progreso. No hay progreso sino por las ideas, y dondequiera que éstas viven y obran, sean cuales fueren, se progresa, y no se progresa, sino que se estaciona un pueblo, donde el hueso de las ideas se llena con puras palabras. Todo el que discurre, sea el que fuere su discurso, es un obrero de progreso, y todo el que no discurre, sino habla tan sólo, es un reaccionario, aunque sus palabras suenen á otra cosa. El que repite como un papagayo utopías para el siglo XXX nos ata á la inercia del pasado muerto, y el que hace propios y vivos ideales del siglo X nos empuja al porvenir.

Cierto es que el pensamiento es lenguaje, y que el hombre piensa con palabras, y merced á ellas, piensa; pero hay veces en que la palabra no es palabra viva, no es algo significativo, sino meramente la letra muerta de sentimientos inexpressables. Es algo así como





eso que llaman un «monstruo» los compositores de música.

Y lo más triste que puede pasarle á un pueblo es que haya en él clase, instituto, partido, secta ó colectividad alguna que, en momento solemne de su acción, no encuentre más que un estallido ecológico para expresarse. La oquedad sonora es el más pavoroso síntoma de una pavorosa enfermedad.

Mejor mil veces que un «monstruo» así ecológico, que una sarta de fonemas vacíos de sentido, una pura música sin palabras. El himno de Riego ó el de San Ignacio, el de Oriamendi, la Marsellesa ó la Marcha Real, sin letra alguna, dicen más, mucho más que las ecolalias todas.

Y no sé por qué pretenden desacreditar al himno de Riego y al morrión los que recitan «monstruos» en vez de cantar música sin palabras. Los llaman cursis, pero en punto á cursilería... Bien, mejor es dejar esto.

He oído sostener—pues hay para todo sostenedores—que la oratoria es, ante todo y sobre todo, música, y que hasta para ser buen orador tener buena voz, buena presencia, buen gesto y saber ensartar párrafos sonoros, redondos y cadenciosos. Y algo así debe de haber, pues he podido presenciar el que públicos, á las veces compuestos de gente á que se supone culta, se han boquiabierto como papamatas, casi se les ha caído la baba de gusto y han roto á aplaudir, por movimiento reflejo, al conjuro de vaciedades sonoras.

Y esto, vuelvo á repetirlo aun á trueque de verme pesado, es un síntoma gravísimo. Cuando una clase de esas á que se llama directoras cae en el estado de postración mental que implica el aplaudir y hasta hacer surcos esas ecológicas vaciedades sonoras, es

peor, mucho peor para un país, que el que caiga bajo el dominio de una banda de aventureros desaprensivos. Es mucho peor la vaciedad que la picardía. Como que nuestra perdición no viene tanto de los pillos cuanto de los hueros y los tontos, y el mayor mal que padecemos es el de la impunidad, de la ineptia y de la respetable vaciedad sonora.

Hay en los hombres lo que se llama «ausencias», momentos de pasajero vacío de conciencia, algo así como desmayos de naturaleza más ó menos epileptiforme. Pero, en un pueblo, estos momentos de desmayo de su conciencia pública, por poco que ellos duren, pueden ser síntoma de una gravísima dolencia. Cuando ante un conflicto no se le ocurre á uno sino gritar: «¡orden!», todo está perdido.

Porque, veámos, ¿qué es orden?, ó más bien, ¿qué es el orden?

La palabra orden es, sobre todo expresada interjectivamente: ¡orden!, una palabra de conjuro, sonora, sugestiva de sentimientos, pero no de ideas claras, mas no es algo de cuyo sentido vivo tengamos todos idea clara. La palabra orden, como la palabra tradición, y lo mismo revolución y progreso, pueden ser, y son de hecho casi siempre, nada más que sonoridades ecológicas.

Y no es, no, que no se pueda dirigir á un pueblo con retórica; lo que no se puede es dirigirle con mala retórica, y mala retórica es la retórica pura, la que no es más que retórica, la que se sirve de despojos de ideas, de cáscaras y de escurrajas de ellas.

Vamos á verlo más de cerca.

Miguel de Unamuno.

